

VARIA

W. Dörpfeld y las excavaciones americanas en el Ágora de Atenas.

Para nosotros, que de estudiantes tuvimos la fortuna de hacer el viaje a Grecia de 1934, todas las noticias que nos llegaron de las excavaciones del ágora de Atenas tenían que interesarnos (1). Las circunstancias, sin embargo, se han mostrado difíciles para nosotros, y puede decirse que ignorábamos lo logrado desde aquella fecha: la guerra nuestra y luego la actual nos han impedido conocer ninguna de las publicaciones científicas en que se han ido publicando los resultados. Y, sin embargo, en un lector de Pausanias toda impaciencia es explicable en este punto.

Fortuna ha sido el que a nuestras manos haya llegado un libro que es a la vez un resumen de los resultados y una polémica contra los afortunados excavadores. Este libro del viejo Dörpfeld (2) refleja un ambiente apasionado y entusiasta, la opinión de toda una vida de dedicación a la antigua Atenas, ante la lujosa aventura norteamericana de destruir barrios enteros y viejos de Atenas, para buscar los restos del centro de la ciudad antigua y resolver los difícilísimos problemas de su topografía.

El autor se proponía ir publicando fascículos a medida que publicaban los excavadores los resultados. Su muerte y las circunstancias han paralizado el empeño en el segundo, pero conteniendo éste mucha parte de los resultados americanos de los años 1937 y 1938, dados los sucesos posteriores que habrán detenido las exca-

(1) V. el informe que de nuestras visitas a la misma en aquella ocasión publicamos en este BOLETÍN, III (1934-35), fasc. VII, pg. 93 sgs.

(2) *Altathen und seine Agora, Untersuchungen über die Entwicklung der ältesten Burg und Stadt Athen und ihres politischen Mittelpunktes, des Staatsmarkts*, von W. Dörpfeld unter Mitarbeit von Peter Goessler, Heinrich Rüter, Gertrud von Rohden, Hans Schleif, I Heft pgs. VIII + 1-132 láms. I-VIII, 1937, II Heft pgs. 133-304 láms. IX-XVI, 1939, Verlag von E. S. Mittler & Sohn, Berlín.

vaciones norteamericanas Dios sabe para cuánto tiempo, basta lo publicado para darnos idea de los resultados topográficos logrados.

Dörpfeld no hace ninguna concesión en los puntos por él preferentemente estudiados y sobre los que tiene formulada opinión personal. Las excavaciones vienen precisamente a confirmarle en estas opiniones, y diríase que el afán del excavador americano Shear de llegar a conclusiones nuevas, le fuerza un tanto a buscar continuamente frente a Dörpfeld teorías no fácilmente defendibles. A lo que podemos juzgar sólo oyendo una de las partes, Dörpfeld sabe mantener la cohesión entre sus afirmaciones topográficas y construir sobre ellas toda una historia del origen, desarrollo y vicisitudes de Atenas.

Los americanos, en cambio, actúan más empíricamente, y en esta polémica descúbranse dos métodos contrapuestos de investigación: uno que podríamos llamar filológico, que concede atención a los textos y a los testimonios epigráficos y que construye una doctrina general, y otro que se basa en el examen detenido de los hechos materiales, de los hallazgos como monedas, óstraca, etc., que pueden ser un indicio. Ni Dörpfeld ni los americanos, seguidores respectivos de uno y otro método, prescinden de usar secundariamente el otro: y no renuncian ni el primero a los datos materiales ni los segundos a utilizar los textos, pero puede hablarse ante esta polémica de dos métodos distintos, que en nuestra visita a las excavaciones americanas en 1934 pudimos ya sospechar ante el cuidado exquisito con que el área había sido cuadrículada, determinados los niveles, clasificados, ordenados y fichados los hallazgos, hasta los aparentemente más insignificantes, etc. Dörpfeld no regatea por otra parte su homenaje a esta escrupulosa técnica (pg. 62), que califica de modelo.

Largo sería entrar en los detalles de la polémica. Moderada en el fascículo I, ante la respuesta a éste de Shear, Dörpfeld toma en el II tonos más agrios. Vamos a limitarnos a los detalles topográficos. Las excavaciones han dado en su zona más occidental elementos para reconstruir los siguientes edificios de N. a S.: un gran pórtico numerado 3 (Lám. I), un edificio *in antis* 4, un complejo de edificaciones que consta de un pórtico, y un templo y tres cámaras situados detrás del pórtico (5), a continuación viene una construcción circular, que es la *tholos* (Paus. I 5, 1) sin duda ninguna, con lo cual tenemos una referencia segura para orientarnos en la complicada cuestión topográfica. Detrás de 5 se levantaba otro edificio 8. Todos los cimientos excavados de 3, 4, 5 y 7 se alinean al pie del Colono Agoreo (en el

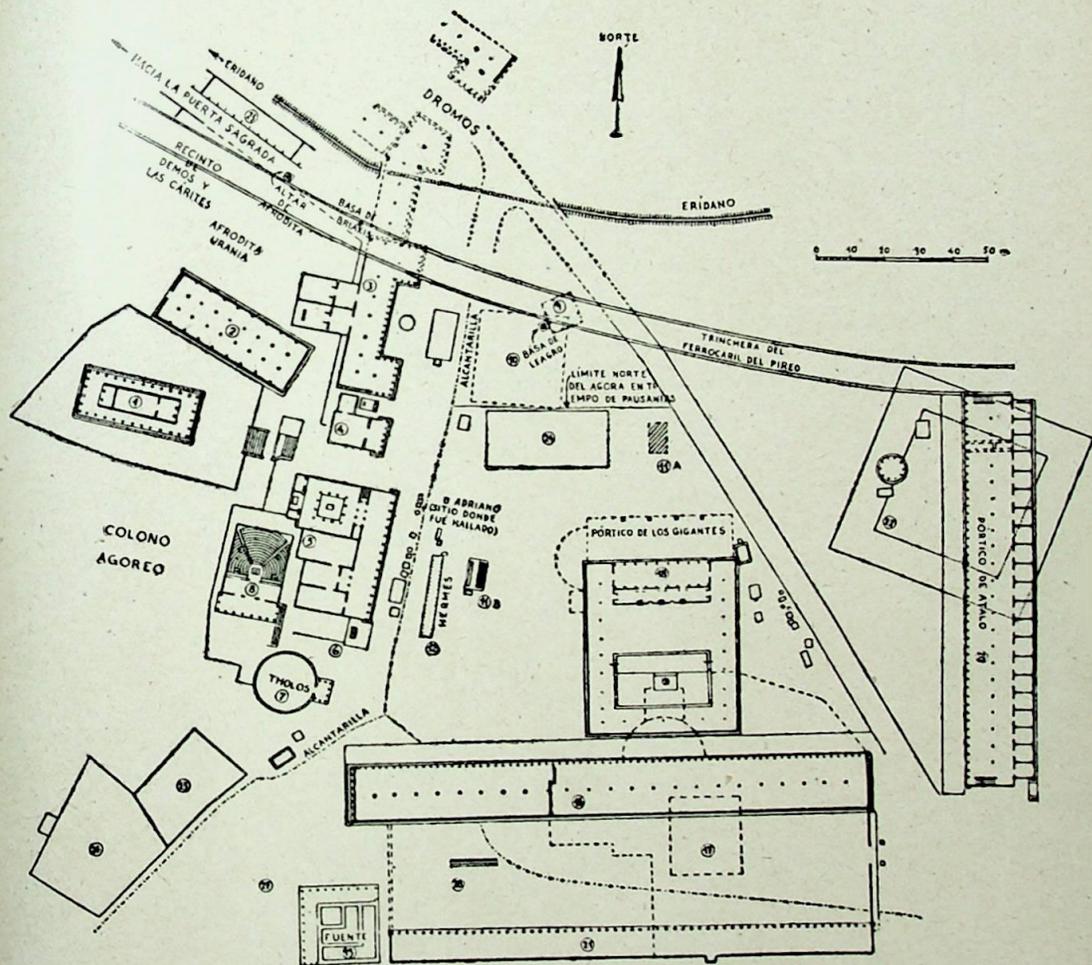


LÁMINA I.—Esquema del Ágora de Atenas después de las excavaciones americanas.

que está situado el templo llamado corrientemente Teseon), desde la profunda trinchera por donde pasa el ferrocarril del Pireo hasta la vaguada que viene entre el Colono Agoreo y el Areópago en el extremo S. O. del ágora antigua. La polémica es sobre las identificaciones de estas ruinas, 3 fué considerado primero el pórtico regio, después los americanos le han identificado con el de Zeus o de los doce dioses, con lo cual había que alargar el ágora mucho hacia el norte, del otro lado del ferrocarril, es decir, en zona no concedida a las excavaciones americanas. Dörpfeld cree que 3 es el final de los pórticos que forman el *dromos* o gran calle que llevaba del Dipilon al ágora.

4 es para Dörpfeld el pórtico regio, construido en la época de Pisístrato y aumentado en la de Conón con un pequeño pórtico (*in antis* y con dos columnas). El problema de Dörpfeld es encajar en tan poco sitio los diferentes edificios que Pausanias señala en este lado del ágora: para ello supone en 5 el pórtico como pórtico de Zeus o de los doce dioses, y atribuye la cámara más septentrional a Apolo y las tres más pequeñas que lindan con ella al sur a la Madre de los dioses.

Los restos 6, situados al sur de este complejo de edificaciones, que Thompson ha considerado como un pórtico del Buleuterion 8 situado detrás, son para Dörpfeld resto del altar de la Madre. Tenemos así interpretados los pasajes del capítulo 3 de Pausanias, que se refieren al pórtico regio (con alusión a una estatua de Adriano que ha sido encontrada en las excavaciones precisamente enfrente del ángulo N. E. de 5, y que por ello es del mayor interés topográfico), al de los doce dioses, templo de Apolo, metroon y Buleuterion.

Los excavadores americanos hacen de 3 el pórtico de los doce dioses, de 4 el templo de Apolo, de 5 el metroon, y dejan más al norte todo lo demás. Las pruebas de Dörpfeld contra ellos son concluyentes: 1.º, por el hallazgo de Adriano no lejos de su sitio; 2.º, por el dato del mismo Pausanias I 14, 6 de que el Hefestieon (que según Dörpfeld es el vulgarmente llamado Teseon) está «encima del Cerámico y del Pórtico llamado Real»; 3.º, por las características arquitectónicas de 3 y 4 que hacen del primero una de las columnatas que construyó Cimón y del segundo un edificio de la época pisistrátida, que no es un templo, sino una sala con archivo anejo, lo que conviene mucho a una sede oficial como debía ser la del arconte rey; 4.º, por el hallazgo en el templo que ocupa el N. del complejo 5 de una imagen de Apolo y recientemente de algunas piedras que son

ónfalos votivos, lo que confirma la teoría de Dörpfeld; 5.º, por los restos que se hallaron detrás de δ, en la trinchera del ferrocarril, al construirse éste, que permiten suponer allí el recinto de Afrodita y las Cáritas (uno de los que tendrían acceso por los dos pórticos que bordeaban el *dromos* o gran calle).

Esta argumentación forma un cuerpo muy cerrado, que no es fácil de destruir. Alargar el ágora hacia el N. aplaza la solución del problema y deja en el aire muchos puntos: hay que buscar una nueva identificación al llamado Teseon, hay que forzar la fecha que los restos delatan, hay que anular los resultados conseguidos por las excavaciones alemanas y griegas en la ladera del Colono Agoreo que descubrieron el pórtico regio (Dörpfeld) y el templo de Apolo, hay que suponer la estatua de Adriano arrastrada muy al sur de donde estuvo.

El hallazgo en δ de inscripciones relativas a la Madre de los dioses no contradice nada la teoría de Dörpfeld. Y no puede decirse que en la polémica el viejo maestro alemán fuerce ningún argumento, pues todos se adaptan maravillosamente a su concepción general.

Otro punto controvertido es la identificación del gran pórtico que cierra por el sur el ágora: los americanos se abstienen de darle nombre o a lo sumo adjudican la vaga denominación de *μακρὰ στοά* al pórtico que suponen más al sur y llaman pórtico meridional (*south stoa*) a otro situado delante. Este desdoblamiento de pórticos al sur no está aún bien estudiado, por la que cabe defensa en la teoría de Dörpfeld, que supone el pórtico Pecilo delante, y el gimnasio detrás. Dörpfeld construye una atrevida teoría, que parece muy verosímil y es muy atractiva, según la cual, en un terremoto y en la toma de la ciudad por Sila toda la parte oriental del pórtico habría sido destruída, quedando sólo la parte más occidental, y perdida del todo la oriental, que en época romana se recubrió con un pórtico. La espalda de este pórtico la forman las ruinas del gimnasio de Ptolomeo.

Este pórtico meridional no es otro para Dörpfeld que el famosísimo Pecilo, el pórtico de las pinturas de Polignoto, que todos los arqueólogos han supuesto hasta ahora en el lado N. del ágora. Si la teoría que le permite esta identificación es un tanto complicada y carece de fundamentos textuales que hagan referencia a esta historia de las vicisitudes del pórtico Pecilo, en cambio es la que corresponde para fijarle dentro de la ruta que sigue el periegeta en su descripción.

El altar de Éleo (o la Misericordia), que cita Paus. 17, 1, es para

Dörpfeld (11 B) el mismo altar de los doce dioses a que aluden otros testimonios, si bien esta identificación no es segura mientras no están publicados los resultados de las excavaciones americanas en la zona central del ágora.

Teseo tuvo su santuario: según Dörpfeld, en el centro del ágora, delante del Pecilo, y «junto al gimnasio» de Ptolomeo (Paus. I 11, 2). Alguna dificultad hace este último dato, que es el que obliga a Dörpfeld a construir su teoría de la ruina de toda la parte occidental del Pecilo. Pero con gran insistencia recomendó Dörpfeld a los americanos que excavaran en el centro casi del recinto del Teseon, pues habían de encontrar el sepulcro del rey fundador de Atenas, que como es sabido allí fué enterrado, traídos sus restos de Esciros por Cimón. Dörpfeld no llegó a conocer el resultado de esta prueba, de la que dependía y sigue dependiendo toda su doctrina sobre el lado sur del ágora. También combate Dörpfeld la teoría de los americanos, que suponen una gradería inverosímil en el recinto de Teseo.

Un problema interesante es el de determinar el límite N. del ágora en tiempo de Pausanias. Los americanos aplazan el problema suponiendo que el ágora se prolonga muy al norte del ferrocarril. Las ruinas descubiertas en las cercanías y al S. de éste son explicadas por los americanos como del altar de los doce dioses y del templo de Ares, mientras que Dörpfeld las supone (en espera de la publicación definitiva americana que permitiera juzgar los resultados) el Leocorion y quizá un templo de Zeus u otro dios (pg. 236). La no mención de este último templo y la omisión del Leocorion por Pausanias se justificarían por su destrucción anteriormente a la época del periegeta. En definitiva los datos materiales resolverán este complicado problema, así como la atrevida teoría de Dörpfeld sobre el cierre del ágora al S. por el Pecilo: el interés de los excavadores en llevarle la contraria al sabio alemán les ha empujado a interpretar las difíciles ruinas del sur de una manera realmente complicada, si bien hay que esperar el estudio definitivo que hagan de esta parte.

Este interés polémico ha llevado muy lejos a los afortunados excavadores americanos. En su afán de suponer el Odeon citado por Paus. I 20,4 en un sitio nuevo, le buscan en el sitio del centro del ágora que Dörpfeld muy verosímilmente considera el Teseon, y se negaron a recoger el reto que insistentemente les hizo el alemán, de que en su Teseon tiene que estar la tumba de Teseo.

Otro punto clave para juzgar la seguridad de las afirmaciones de

Dörpfeld referentes al lado occidental del ágora es la forma en que terminaba el pórtico β , cortado por el ferrocarril y que Dörpfeld supone se continuaba con un ángulo obtuso en la calle o dromos que iba al Dipilon.

Pero el objeto de Dörpfeld en su publicación no es sólo polemizar con los americanos acerca del ágora, sino también recoger y formular definitivamente sus teorías sobre la topografía y la historia de Atenas.

Y así encontramos una importante sección dedicada a explicar la más discutida parte de la perigeosis de Atenas por Pausanias, la que se refiere a los edificios aludidos entre la tolos (I 5, 1) y el Eleusinion (I 14, β): las estatuas de los héroes epónimos, el templo de Ares, los tiranicidas, el Odeon (de Agripa) y la antigua orquesta vecina al santuario de Dioniso en Limnas, la fuente Eneacrunos, el templo de Deméter y Core y el Eleusinion. Dörpfeld contrapone su doctrina a la de los americanos: éstos buscan todo esto en el ágora misma, y suponen que el periegeta pasa de un extremo a otro de ella desordenadamente; la Eneacrunos quieren identificarla con una fuente situada cerca del ángulo S. O. del ágora, que según Dörpfeld pertenece al gimnasio de Ptolomeo. Dörpfeld, basándose en los textos, insiste en su conocida teoría, según la que la Eneacrunos está situada en la ladera de la colina de la Pnix, en el fondo de la depresión por donde ahora pasa la Avenida del Apóstol Pablo, que lleva del Teseon a la Acrópolis. El famoso «episodio de la Eneacrunos», que ha hecho correr tanta tinta, es defendido por Dörpfeld una vez más sosteniendo la seguridad y fidelidad de los datos de Pausanias. Después de leer las razones que definitivamente sostienen la identificación de la Eneacrunos en las excavaciones de Dörpfeld en la depresión entre la Pnix y la Acrópolis, es imposible sostener que la descripción de Pausanias va a dar un salto hasta las orillas del Iliso, más allá del Olimpion.

El afán de los americanos de buscar todos estos edificios en el ágora misma les obliga a forzar los textos y en último término a prescindir casi de ellos, lo que en ningún caso podrá compensarse por los datos materiales de las excavaciones, interpretadas como están por los especialistas americanos. Dörpfeld, en vista de los datos logrados ya e interpretados por él mismo en la forma que hemos resumido, se atreve en la pg. 241 a trazar un mapa sobre el camino del ágora a la Acrópolis buscando el enlace entre las recientes excavaciones y las que él mismo hizo cuarenta años antes.

El sitio de las estatuas de los epónimos, el templo de Ares, la orquesta y el Odeon, se escalonan hasta la zona excavada a fines del siglo pasado. A un lado y otro de esta zona estarían el Eleusinion y el Tesmoforion.

Esta vía presenta aún muchos problemas, especialmente en su trozo final de entrada en el recinto de la acrópolis, zona donde se ha hecho la repoblación forestal y ha quedado así especialmente dificultada la investigación.

El libro de Dörpfeld tendrá su plena apreciación en la futura topografía de Atenas que recoja los resultados de estas excavaciones. Aún se polemizará mucho sobre los puntos que toca Dörpfeld, pero aun con la peor voluntad, no se podrá prescindir de él. El afán de buscar novedades es el que ha llevado a los americanos demasiado lejos. Dörpfeld, aun después de muerto, seguirá opinando con gran autoridad en la topografía de Atenas: él mismo señala (pg. IV) su prudencia no trazando hasta ahora ningún plano del ágora, a pesar de los planos hipotéticos que se deben a cada arqueólogo que se ha ocupado de la cuestión; cuando ahora se ha decidido a tomar partido y a exponer una doctrina sobre identificaciones de las ruinas excavadas, aquello habrá de tenerse en cuenta.

La doctrina de Dörpfeld se basa en una concepción total de historia de Atenas que si en las edades prehistóricas tiene un apoyo en la tradición excesivo, y admite la presencia de fenicios, de pelasgos = etruscos, etc., en la época histórica está basada en la mayor escrupulosidad y conocimiento de textos e inscripciones.

En este orden, la demostración de que no hubo muralla antes de Temístocles sino en la Acrópolis, es concluyente; la teoría de que los dos santuarios de Zeus y Apolo han emigrado a medida que la ciudad ha ido extendiéndose, desde la acrópolis en la edad de Teseo, hasta el ágora cuando ésta se fué creando hacia la época de Solón, y hasta las afueras junto al Iliso, parece concluyente, así como la interpretación que da al discutidísimo pasaje II 15 de Tucídides; un terremoto que destruye partes del ágora es situado antes de Atalo II, y Dörpfeld empieza a emitir una teoría sobre el alcance de las destrucciones de Sila; Cimón planeó —según Dörpfeld— el ágora, y quizá el arquitecto Hipodamo de Mileto no fué ajeno al plan general (pgs. 40-41).

Para el método de excavaciones, Dörpfeld es un mantenedor del histórico, que no se conforma con los datos materiales, sino que, con los textos e inscripciones, busca fijar la época teniendo en

cuenta que «el desarrollo de la arquitectura en los siglos v y iv no es gradual ni regular, sino que las personalidades de cada arquitecto han provocado avances y retrocesos en el desarrollo de las formas y proporciones» (pg. 183).

Habría todavía más cosas que decir sobre este libro, pero hemos de terminar, mientras lo utilizamos plenamente en el comentario de Pausanias, esta noticia provisional, falta de crítica mientras no llega a nuestras manos la documentación original de las excavaciones norteamericanas.

Es interesante terminar diciendo que para Dörpfeld Pausanias es como un Baedeker, y su periegesis está escrita delante de los monumentos suponiendo también a su lector delante de ellos (pg. 221). Añádase esta opinión a las que en la bibliografía sobre Pausanias han discutido el tema.

A. TOVAR

Alonso de Pando, maestro de cantería (1).

Buen alarife, desconocido a pesar de haber dejado copiosos frutos de su talento, principalmente en los pueblos de la diócesis palentina. Acaso desde Pando, lugarejo de la montaña que le vió nacer, viene a Palencia en los primeros años del siglo xvi. En su testamento, escrito de su mano «en seis fojas de papel de pliego entero», nos habla de sus familiares, criados y compañeros; de gran parte de la obra que la muerte no le deja terminar y de la otra que por ciertos dares y tomares aún le quedaba de percibir alguna cantidad. Aquí están los nombres de sus colaboradores, Rodrigo Gil, Juan de la Maza, Francisco de la Vega, Juan de Escalante, Cristóbal de Paz... Con el maestro Rodrigo, trabaja en Becerril, Castromocho, Villaumbrales y Mota del Marqués; en este último pueblo, estuvo diez y ocho meses al frente de las obras de cantería de San Martín y del palacio de Don Rodrigo de Ulloa... Estando en sus casas principales de la calle de Santa Fe, falleció y pasó de esta

(1) En primer lugar quiero hacer constar mi profunda gratitud al M. I. Cabildo Catedralicio, y a los señores Hijosa, Navarro, Revilla y del Valle, por la serie de atenciones y facilidades que me han dado para realizar con el mayor fruto el estudio de los diferentes archivos. Las escrituras de concierto, testamentos, cartas de poder que motiva estas breves apostillas, se publicarán en mi libro «Documentos para el estudio del Arte en Castilla».